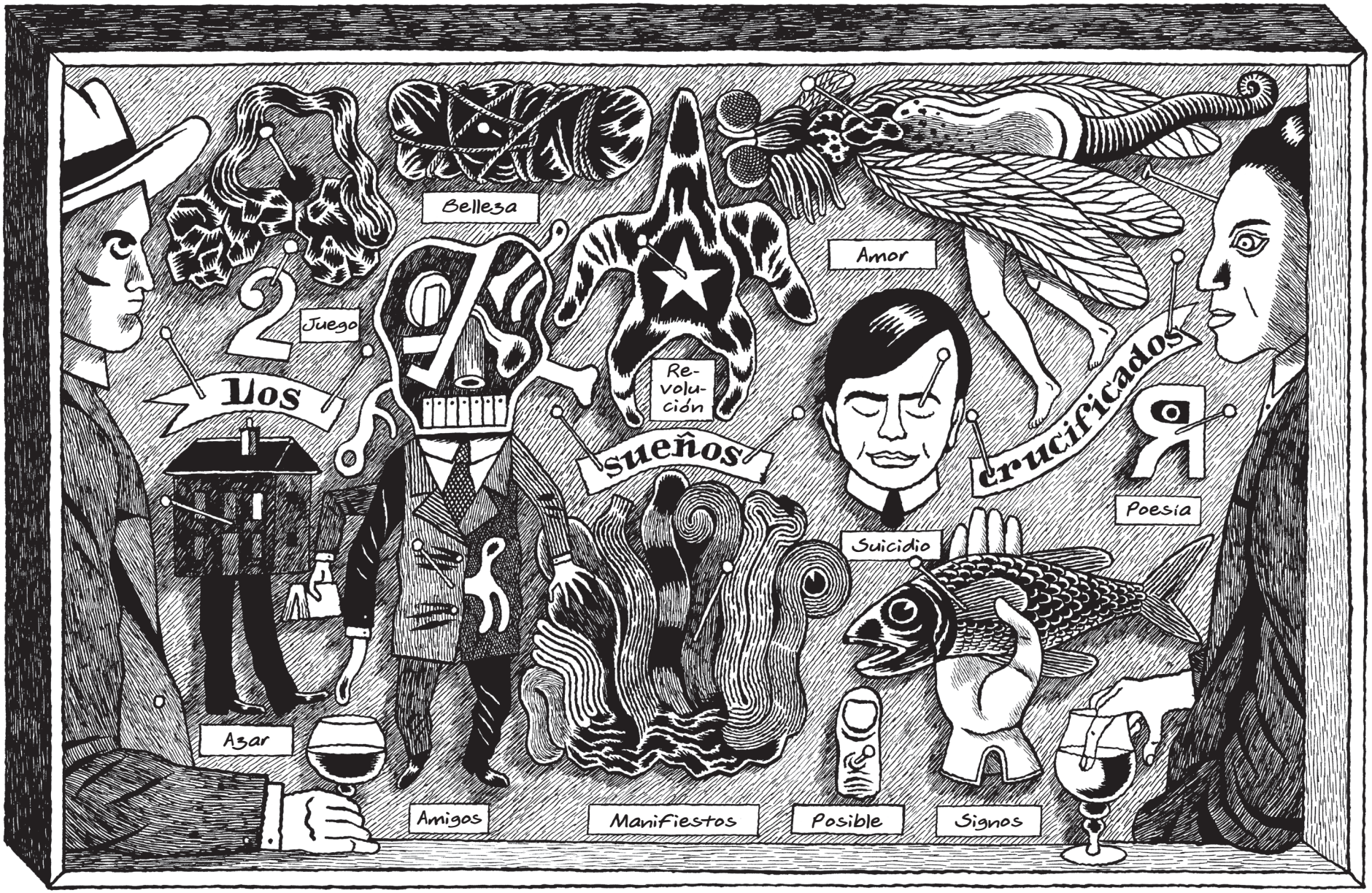
David B.

IMPEDIMENTA

Me llamo Nick Carter, soy detective. He luchado contra los criminales más malvados del mundo: el doctor Quartz, los Apuñaladores, la Desollada, el Tigre Humano, el Gran Enano, los Reptiles, el Devorador, la Banda de los Trece, el Ataúd, el General de la Noche... Soy muy amigo de ciertos pintores y poetas del grupo surrealista.



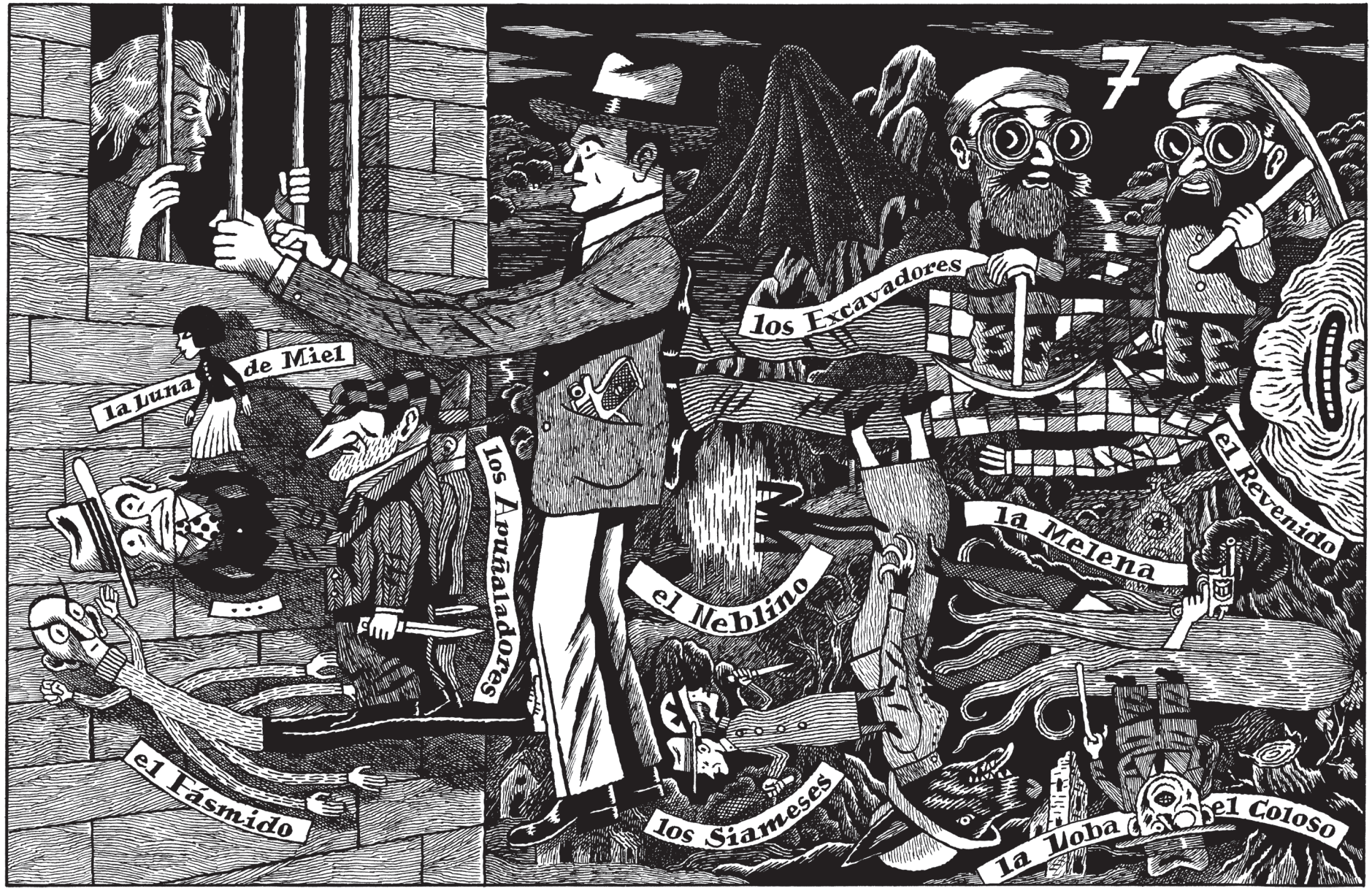
El episodio más extraño de mi carrera fue cuando, en 1931, me contrató André Breton: pasaba por un mal momento, tenía problemas de dinero, su pareja lo había dejado, lo acababan de echar del partido comunista y el grupo surrealista se había disuelto. Breton estaba convencido de que alguien le había robado algo que no era capaz de identificar con precisión; me habló de belleza, de convulsiones, de oro... Y yo me fui con una carpeta llena de misterios.

Comencé mi investigación yendo a interrogar al poeta Robert Desnos. Desde que rompiera con Breton, siempre fue de los más violentos. Breton había recibido cartas y llamadas telefónicas anónimas, coronas mortuorias y ataúdes. Me interné en las callecitas de Les Halles donde vivía Desnos.

Cuando llegué a su casa estaba durmiendo, Desnos era un gran soñador. Era la primera vez que interrogaba a un hombre dormido; por suerte, él era de esas personas que revelan más cosas cuando duermen. Según Desnos, nadie le había robado nada a André Breton, sino que había sido él mismo quien había puesto a sus propios amigos en su contra. El surrealismo estaba muerto y se pudría junto con su creador.

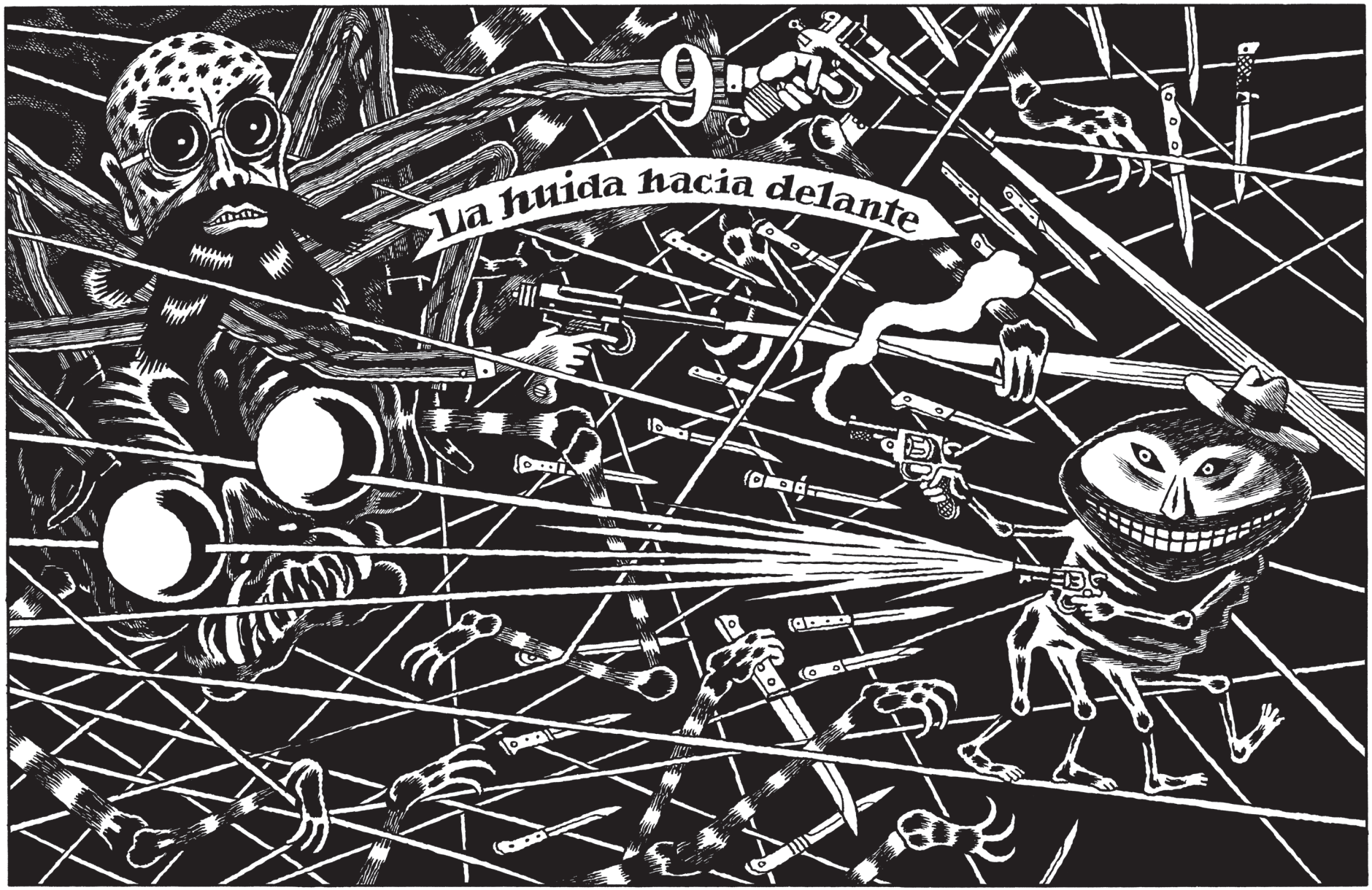
Me di cuenta de que no le sacaría nada más, así que decidí marcharme. Había sueños recorriendo la noche de Les Halles, y me atravesaban. Tuve la sensación de que alguien me seguía.

Quise continuar con mis pesquisas interrogando a Nadja, la antigua amante de Breton. Era una mujer de vida alegre, y se había visto mezclada en un asunto de tráfico de drogas. El problema era que después de separarse de André Breton, sucumbió a la locura y la habían internado en un psiquiátrico en Bailleul, al norte de Francia.



Localicé a Nadja. Me confesó que su relación con André Breton había atraído la atención de sus camaradas traficantes. Era una banda con múltiples ramificaciones de la que yo ya conocía a algunos miembros. Por aquella época, Breton estaba fascinado por la alquimia, y aquellos criminales creían que había encontrado el secreto para fabricar oro.

Me escabullí en el dormitorio de los pacientes. La locura de Nadja había puesto patas arriba la geometría de los objetos y de las personas que entraban en aquel lugar. De pronto se abalanzó sobre mí mi viejo adversario, el doctor Quartz. Debería haber sospechado que tenía algo que ver con aquel asunto. Logré repelerlo gracias al arma que Breton me había regalado: un revólver que disparaba pelo blanco.



Conseguí huir escurriéndome a través de las dimensiones que la locura de Nadja había abierto, deformándome poco a poco a medida que iba pasando de unas a otras. Escapé de los asesinos que el doctor Quartz había enviado para darme caza y me reuní con André Breton.

Le conté lo sucedido a Breton y le sorprendió que el doctor Quartz pensara que al fabricar oro estuviese persiguiendo un objetivo material. Era imposible que un individuo así le hubiera robado ni una pizca de espíritu al surrealismo. Le propuse ir a liberar a Nadja, pero no pareció nada interesado. Era un cliente realmente extraño.